

Irán: la revuelta que no cesa

Carlos LARRÍNAGA
Historiador y politólogo

Entramos ya en el tercer mes de la revuelta en Irán como consecuencia de la muerte de Mahsa Amini tras quedar bajo custodia de la policía de la moral. En un sistema democrático una situación así posiblemente hubiese dado lugar a dimisiones, comparencias y, quién sabe, un cambio de gobierno. No obstante, en un estado autocrático como el iraní apenas está teniendo consecuencias en la clase política y el ejecutivo de los ayatolás se dedica a emplear la fuerza y las detenciones masivas de manifestantes. Con al menos 326 muertos según Iran Human Rights y numerosos detenidos, esta oleada de protestas es la más duradera que se ha producido en ese país desde la revolución jomeinista en 1979. Desde luego, no es la primera vez que se producen movimientos de este tipo, pero nunca tan prolongados. Y es que el fallecimiento de la joven ha supuesto una línea roja. En este sentido, quiero recordar que, aunque el velo es obligatorio para las mujeres, no lo llevan como las de Arabia o el Golfo Pérsico, tapando la cabeza entera, por lo que yo me pregunto: ¿cómo se ensañaron con Mahsa Amini para que, fruto de los golpes propinados, terminara perdiendo la vida?

Por otro lado, desde la llegada al poder de Jomeini, el papel de las mujeres en la sociedad iraní quedó reducido sensiblemente, pasando a depender enteramente de los hombres y accediendo a una marginalidad social que, en tiempos del sha, había quedado superada. No se trata de defender a los Pahlavi, quienes encabezaron un régimen corrupto y, en gran medida, al servicio de los intereses extranjeros; sin embargo, en lo que a libertades e igualdad se refiere, la llegada de los ayatolás supuso un retroceso notable, al establecer una visión rigorista del islam, que se ceba fundamentalmente con las mujeres. De ahí que ahora estén siendo ellas las grandes protagonistas del descontento, exigiendo acabar con la obligatoriedad del velo, descubrir sus cabellos, avanzar en sus derechos y libertades y mejorar económicamente. Algo que, por el momento, las autoridades no están decididas a permitir, máxime, porque podría entenderse como un signo de debilidad. Por eso les resulta bastante cómodo recurrir a un enemigo exterior, sea Estados Unidos o Israel, si bien ese argumento ya no cuela. Éste es un problema interno que debe resolverse en el propio Irán.

Dicho esto, y a tenor de lo que estamos viendo, cabe apuntar dos posibles escenarios. El primero, y muy probable, sería continuar con la represión. Es la línea propuesta por el Consejo de Seguridad de Irán, que apuesta por actuar “de modo más activo ante cualquier manifestación”. Este organismo dependiente del Ministerio del Interior sólo reconoce la muerte de unas 200 personas en ataques terroristas durante los disturbios contrarrevolucionarios por miembros de grupos separatistas. Una visión del problema bajo este enfoque es un despropósito que atenta contra la inteligencia y que está fuera de la realidad. Es, simplemente, una manera de decir que se va a seguir utilizando la violencia frente a los opositores. Con todo, y pese a la grandilocuencia de dichas afirmaciones, lo cierto es que la policía de la moral ha sido disuelta como mera operación de maquillaje, pues las normas siguen vigentes y serán otros cuerpos policiales los que las apliquen. Por consiguiente, la estrategia se basaría en la opresión y en esperar a que el cansancio haga mella en los protagonistas de las reivindicaciones.

El segundo escenario implicaría un golpe de Estado. A día de hoy se antoja menos factible. No creo que los miembros de la Guardia Revolucionaria y los altos mandos militares estén por la labor. A lo largo de estas últimas décadas han tejido una

red de intereses al calor del sistema que a saber si estarían dispuestos a ver tambalearse. Cosa diferente serían los cuerpos inferiores del Ejército, en los que, en determinadas circunstancias, podría prender la mecha revolucionaria. En este instante, viendo el perfil de los activistas, no parece que esto esté próximo a producirse, aunque no se puede descartar al cien por cien. A este respecto, hay que recordar que, en el panorama internacional actual, a nadie interesaría un Irán desestabilizado. Aliado de Rusia en la guerra de Ucrania, ni Moscú ni Pekín desean un cambio de régimen en Teherán. Tampoco a sus enemigos, salvo tal vez a Israel, les conviene una revolución en Irán. Un derrocamiento de la teocracia iraní por la vía de los tumultos encendería las alarmas en naciones de naturaleza semejante, como Arabia o el resto de monarquías del Golfo Pérsico, haciendo bueno el refrán de que, cuando las barbas de tu vecino veas cortar, pon las tuyas a remojar. Los mismos argumentos que se emplean en Irán contra el velo y las libertades de las mujeres se pueden esgrimir en esos países. Es por esta razón que estas agitaciones estén teniendo un eco limitado en la política internacional, hecho denunciado por muchas feministas occidentales, en especial, por contraste con el impacto que sí está teniendo en la prensa, que ha convertido a Mahsa Amini en un símbolo de lucha frente a la tiranía.

5 de diciembre de 2022

Publicado en *El Diario Vasco*, 9 de diciembre de 2022, p. 22